



bam
bú

AMÉRICA

Jennifer L. Holm

Penny, caída del cielo

Retrato de una familia
italoamericana

Newbery
honor
book

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006 Jennifer L. Holm
© 2009, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com

Diseño de la cubierta: Miquel Puig

Título original: *Penny from heaven*
Traducción: Lola Diez

Primera edición: mayo de 2012
ISBN: 978-84-8343-227-3
Depósito legal: B-13896-2012
Printed in Spain
Impreso en Fernández Ciudad S. L., Pinto (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún
fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 1 93 272 04 25).

Índice

Capítulo uno: El mejor asiento	9
Capítulo dos: El frijol de la suerte	11
Capítulo tres: Los sesos de la señora Morelli	23
Capítulo cuatro: Un hombre capaz de arreglar un inodoro.....	36
Capítulo cinco: El tipo más afortunado del mundo	49
Capítulo seis: Tíos, tíos por todas partes	60
Capítulo siete: El intérprete	77
Capítulo ocho: La ropa interior de Nonny	89
Capítulo nueve: El efecto	98
Capítulo diez: El tesoro del Chico del Agua	107
Capítulo once: Más arvejas, por favor	119
Capítulo doce: Prohibido dar tironcitos	131
Capítulo trece: Como los propios ángeles	143
Capítulo catorce: Lo mejor que nos ha podido pasar	155
Capítulo quince: Un castigo peor que la muerte	165
Capítulo dieciséis: Así que el cielo es así	176
Capítulo diecisiete: Tontos y con mala suerte	185

Capítulo dieciocho: La última persona en el mundo	198
Capítulo diecinueve: La bomba	207
Capítulo veinte: Lo que hay en un nombre	216
Capítulo veintiuno: Una chica con suerte	229
Capítulo veintidós: Una familia normal como las que pintaba Norman Rockwell	238
Nota de la autora	240
Álbum de familia	246
Bibliografía y sitios web	250
Agradecimientos	251

Pennies from heaven

*A long time ago
A million years BC
The best things in life
Were absolutely free.
But no one appreciated
A sky that was always blue.
And no one congratulated
A moon that was always new.
So it was planned that they would vanish now and then
And you must pay before you get them back again.
That's what storms were made for
And you shouldn't be afraid for
Every time it rains it rains
Pennies from heaven.
Don't you know each cloud contains
Pennies from heaven.
You'll find your fortune falling
All over town.
Be sure that your umbrella is upside down.
Trade them for a package of sunshine and flowers.
If you want the things you love
You must have showers.
So when you hear it thunder
Don't run under a tree.
There'll be pennies from heaven for you and me.*

Dinero caído del cielo

Hace un millón de años,
mucho antes de esta era,
lo mejor de la vida
no costaba dinero.
Pero nadie apreciaba
ese cielo siempre azul.
Y nadie celebraba
esa luna siempre nueva.
Así pues, se decidió que a veces se escondieran
y que hubiera que pagar para que volvieran.
Para eso se crearon las tormentas:
no les tengas miedo,
porque siempre que llueve
cae dinero del cielo.
En todas las nubes
hay dinero del cielo.
Verás llover tu fortuna
por toda la ciudad.
Dale la vuelta al paraguas.
Cámbialos por un lote de sol y flores.
Si quieres las cosas que amas,
necesitas aguaceros.
Así que, cuando oigas tronar
no te escondas bajo un árbol.
Y a ti y a mí nos caerá dinero del cielo.

Capítulo uno

El mejor asiento

Me-me dice que el cielo está lleno de nubes blancas mulliditas y de ángeles.

Eso suena estupendo, pero ¿cómo puede alguien sentarse en una nube? ¿No la traspasaría y se estamparía contra el suelo? Como dice Frankie siempre, los ángeles tienen alas, así que ¿de qué se van a preocupar?

Mi idea del cielo no tiene nada que ver con nubes ni con ángeles. En mi cielo hay helado de nueces de pecán, piscinas y partidos de béisbol. Los Dodgers de Brooklyn siempre ganan y yo tengo el mejor asiento, justo detrás del banquillo de los Dodgers. Esa es la única ventaja que le veo a estar muerto: el muerto tiene el mejor asiento.

Pienso mucho en el cielo. Aunque no por los motivos habituales. No tengo más que once años y no me pienso morir hasta que tenga por lo menos cien. Es solo que a mí el nombre me viene de aquella canción de Bing Crosby,

Pennies from heaven, y cuando a una el nombre le viene de algo, no puede evitar pensar en ello.

A mi padre le encantaba Bing Crosby, y por eso todo el mundo me llama Penny en vez de Bárbara Ann Falucci, que es lo que pone en mi partida de nacimiento. Nunca nadie me llama Bárbara, excepto los profesores, y a veces hasta a mí se me olvida que ese es mi verdadero nombre.

Supongo que podría ser peor. Podría llamarme Clementine, que es el nombre de otra canción de Bing Crosby que a mi padre le encantaba.

No creo que yo valiese para Clementine. Aunque, claro, ¿quién valdría?

Capítulo dos

El frijol de la suerte

Tío Dominic está sentado en su coche.

Es un Plymouth Roadking de 1940. Es negro con acabados cromados y las tapas de los neumáticos están tan brillantes que se podrían usar de espejos. Tío Dominic le paga a mi primo Frankie para que les saque brillo. Es un coche precioso; lo dice todo el mundo. Pero también es que resulta difícil no verlo. Ha estado aparcado en el patio de la casa de mi abuela Falucci desde que yo recuerdo.

Tío Dominic vive precisamente en su coche. A nadie de la familia le parece raro que Tío Dominic viva en su coche o, si se lo parece, nadie dice nunca nada. Estamos en 1953 y, en Nueva Jersey, no es lo más normal que la gente viva en coches. La mayoría de la gente aquí vive en casas. Pero Tío Dominic es como un ermitaño. También le gusta ir en pantuflas en lugar de ponerse zapatos. Una vez le pregunté por qué.

–Son cómodas –dijo.

Aparte de vivir en el coche y andar en pantuflas, Tío Dominic es mi tío preferido, y eso que yo tengo un montón de tíos. A veces pierdo la cuenta.

–Eh, princesa –me llama Tío Dominic.

Me asomo por la ventanilla y oigo al locutor en la radio portátil. A Tío Dominic le gusta escuchar los partidos en el coche. Tiene una almohada y una manta mugrienta en el asiento de atrás. Tío Dominic dice que el coche es el único sitio donde puede descansar. Le cuesta mucho dormirse.

–Hola, Tío Dominic –le digo.

–Ya está el partido –dice.

Empiezo a abrir la puerta de atrás pero Tío Dominic dice:

–Te puedes sentar delante.

Tío Dominic es muy quisquilloso a la hora de dejar que la gente se siente en su coche. Casi todo el mundo se tiene que sentar atrás, aunque Tío Nunzio siempre se sienta delante. No creo que nadie nunca le diga a Tío Nunzio lo que tiene que hacer.

–¿Quién gana? –pregunto.

–Los Bums.

Me encantan los Dodgers de Brooklyn y a Tío Dominic también. Los llamamos Dem Bums [los Vagos Redomados]. Casi todo el mundo por aquí va con los Yanquis de Nueva York o con los Gigantes, pero nosotros no.

12 Tío Dominic mira hacia delante como si de verdad estuviera en el estadio y viendo el partido desde las gradas.

Es atractivo, de pelo oscuro y ojos marrones. Todo el mundo dice que es igual que mi padre. No me acuerdo de mi padre porque murió cuando yo era un bebé, pero he visto fotografías y Tío Dominic se le parece, solo que más triste.

–Tengo algo para ti –dice Tío Dominic.

Todos mis tíos me hacen regalos. Tío Nunzio me da manguitos de piel, Tío Ralphie me da golosinas, Tío Paulie me trae perfumes exóticos y Tío Sally me regala herraduras. Parece Navidad todo el tiempo.

Tío Dominic me pasa algo que parece un gran frijol marrón oscuro.

–¿Qué es?

–Es un frijol de la suerte –dice. Tío Dominic es supersticioso–. Me lo encontré esta mañana. Estaba guardado entre cosas viejas. Se lo iba a regalar a tu padre antes de que muriera pero no tuve ocasión de dárselo. Quiero que lo tengas tú.

–¿Dónde lo conseguiste? –pregunto.

–En Florida –dice.

A Tío Dominic le encanta Florida y va a Playa Vero todos los inviernos, probablemente porque entonces hace demasiado frío para vivir en el coche. A pesar de que vive en ese coche, tiene otro que usa para conducir, un Cadillac Cupé De Ville de 1950. Frankie dice que apuesta a que Tío Dominic tiene una chica en Florida, pero yo como que no lo creo. Las mujeres quieren un frigorífico nuevo, no un asiento trasero.

–Guárdatelo en el bolsillo –me dice–. Te mantendrá a salvo.

El frijol de la suerte es grande y abulta un poco. Se nota que pesa, no es del tipo de cosas que una llevaría en el bolsillo, pero Tío Dominic pone esa mirada de que se va a morir si no me lo guardo y, porque es mi tío preferido, hago lo que siempre hago.

Sonrío y digo:

–Gracias, Tío Dominic.

Por un momento la tensión abandona sus ojos.

–Por ti lo que sea, princesa –dice–. Lo que sea.

Es un día de junio caliente y pegajoso. Ya se acabó el colegio y por primera vez en meses no me tengo que preocupar de si Verónica Goodman es mala conmigo. Me gustaba el colegio, hasta este año. Probablemente, no habría sobrevivido si la señora Ellenburg, la bibliotecaria, no me hubiera escondido en la biblioteca. Por suerte para mí, a Verónica Goodman no le gusta leer.

El frijol de la suerte me aprieta el bolsillo mientras bajo por la calle hacia mi casa. Vivo con mi madre y con mis otros abuelos, Me-me y Pop-pop, y mi caniche, Escarlata O'Hara. A pesar de que se llama igual que una señorita famosa de una película aburrida, Escarlata O'Hara no es nada señoritinga. A Escarlata le apesta el aliento, le gusta cazar ardillas y últimamente le ha dado por hacer pipí en la alfombra buena de la sala, por no mencionar otras cosas que no debería hacer tampoco.

Pop-pop está sentado en la sala cuando llego a casa. Está escuchando la radio y la tiene a suficiente volumen para que la pueda escuchar todo el vecindario. Su programa

preferido es *Fibber McGee y Molly*, aunque estos días se dormiría con cualquier programa. No tenemos televisión porque Me-me dice que son demasiado caras, lo que significa que seguramente la comprarán en cuanto yo termine los estudios y me vaya de casa.

–He vuelto –anuncio.

–¿Qué es? –pregunta.

–He dicho: «He vuelto», Pop-pop –digo bien alto.

–¿Qué? –pregunta–. ¿Qué?

Pop-pop está un poquito sordo. Me-me dice que está sordo desde que en 1918 volvió de Europa con munición en una pierna. Ella dice que dejó la mejor parte de sí mismo en algún lugar de Francia, junto con su capacidad de escuchar a los demás.

Huele mal en la habitación.

–Pop-pop, ¿a qué huele? –pregunto.

–Sí, para mí un té helado –dice.

Localizo el pequeño bulto marrón detrás del sofacito. Es algo parecido al frijol de la suerte que me dio Tío Dominic. Escarlata O'Hara no está a la vista.

–Mira lo que ha hecho Escarlata –digo.

–Maldito bicho –refunfuña. Pop-pop oye bien cuando quiere–. Esa perra tuya es más ladina que los japos.

A pesar de que ahora mismo estamos en guerra contra Corea, a Pop-pop aún le encanta hablar de la Segunda Guerra Mundial, especialmente de Pearl Harbor y de cómo los japoneses nos atacaron cuando estábamos durmiendo. Dice que es lo peor que ha pasado nunca en territorio estadounidense. Nadie se lo vio venir.

–Una auténtica cobardía, eso es lo que fue –dice siempre.

Yo no me acuerdo de la guerra porque era muy pequeña pero, por supuesto, me alegro de que ganáramos. Desayunar en casa ya es bastante duro sin tener que preocuparse de ser bombardeados por los japoneses.

–¡Penny! –me llama Me-me desde la cocina.

Nuestra casa es de dos pisos. Me-me y Pop-pop viven en la parte de arriba y mi madre y yo en la de abajo. Mis abuelos tienen su propio dormitorio, cuarto de baño y sala, pero comen siempre abajo con nosotras porque ahí está la única cocina de la casa. De hecho, casi siempre cocina Me-me, ya que mi madre tiene que trabajar. Es secretaria en una fábrica de camiones.

Al entrar yo en la cocina, Me-me está de pie, de espaldas a mí, mirando la hornilla. El pelo se le está poniendo gris y se lo recoge hacia arriba en un moño. Lleva un vestido de algodón con un estampado de cerezas rojas. A Me-me le encantan los estampados de colores vivos y tiene otro vestido con rosas de pitiminí, otro con fragmentos de frutas y otro con margaritas. El que a mí más me gusta es el de las palmeras hawaianas. Creo que sería divertido ir a algún sitio tipo Hawai. Debe de ser más emocionante que Nueva Jersey.

No hace falta que mire en la olla que está removiendo para saber que son arvejas con cebolla. El olor llena el aire. A Me-me le gusta hervir las verduras hasta que se hacen puré ellas solas y han perdido cualquier atisbo de sabor. Yo ni siquiera sabía que las arvejas podían ser dulces hasta que las probé frescas de la planta en casa de la abuela Falucci.

–¿Qué hay para cenar? –pregunto.

–Hígado –dice, y tengo que contenerme para no refunfuñar.

El hígado de Me-me es peor que su asado, que a su vez es peor que su ternera Strogonoff, y su redondo de carne más vale ni mencionarlo.

–Pon la mesa, por favor –dice Me-me.

Saco los platos de vidrio verde de la alacena y los llevo al comedor, donde solo hay una mesa, las sillas y un aparador. En el aparador hay un viejo reloj y una fotografía enmarcada de mi madre y mi padre el día de su boda. En esta casa no hablamos de mi padre porque mi madre se enoja. Supongo que no se ha repuesto de que muriera como murió y la dejara sola con un bebé. Ella era enfermera en el hospital donde lo llevaron cuando se enfermó, pero después de su muerte dijo que no podría volver allí, que había demasiados malos recuerdos.

En la fotografía de la boda, mi padre sale con un traje oscuro y el brazo alrededor de la cintura de mi madre como si tuviera miedo de que ella fuera a salir corriendo. Mi madre lleva un traje blanco de raso y sujeta un ramillete de fresias. Tiene el pelo largo, por debajo de los hombros, y rizado como una estrella de cine. Sonríe a la cámara como si fuera la chica más afortunada del mundo.

Se la ve tan feliz que casi no la reconozco.

Me-me se ha pasado la última media hora mirando el reloj, mientras Pop-pop y yo observamos cómo el hígado y las arvejas se van enfriando. Escarlata O'Hara está sentada

al lado de la silla de Pop-pop esperando a ver si cae algo, lo cual es más que probable.

Pop-pop le da al té helado un largo trago y eructa sonoramente. Al ratito, vuelve a eructar.

–¡Pop-pop! –le digo.

–¿Qué? –dice con el ceño fruncido.

Sinceramente, no sé qué es más embarazoso, si Escarlata O'Hara haciendo sus cositas por la casa o Pop-pop eructando todo el tiempo. Y mi madre todavía se pregunta por qué nunca invito a las amigas a dormir a casa.

Se abre la puerta principal y Me-me estira la espalda quedando un poco más alta.

–Siento llegar tarde, madre –dice mi mamá, mientras se quita el sombrero y se sienta en su sitio a la mesa.

Lleva un sencillito traje de chaqueta azul oscuro, y tiene el pelo ondulado, castaño claro, corto, por debajo de las orejas. Se pone colorete Tangee en las mejillas y un poquito de pintalabios rojo. El colorete Tangee es lo más extravagante que hay en ella.

–¿Sabes qué hora es, Eleanor? –pregunta Me-me clavando la mirada en el reloj–. Son las siete y media, ésa es la hora que es. ¿Qué tipo de negocio lleva ese hombre?

–El señor Hendrickson ha tenido que dictarme una carta en el último minuto –dice mi madre.

Me-me mira mi plato y me dice:

–Cómete las arvejas, Penny.

Me como unas cuantas, obligándome a tragar. Están simplemente asquerosas. Saben como algo que se le daría a alguien para torturar.

Pop-pop le clava el tenedor al hígado.

–Creí que dijiste que íbamos a comer filetes –se queja–. Esto parece hígado.

–Hola, Gazapito –me dice mi madre y le noto el cansancio en la voz–. ¿Qué tal has pasado el día?

Siempre le ha gustado llamarme Gazapito. Me dijo que es porque cuando me vio en el hospital yo era tan dulce y tan pequeña que enseguida se dio cuenta de que era como un conejito.

–Mira lo que tengo –digo. Me rebusco en el bolsillo, saco el frijol de la suerte y lo pongo sobre el mantel de flores.

Pop-pop empieza a atragantarse cuando lo ve.

–¿Has traído a la mesa un excremento de perro?

Escarlata O'Hara ladra como para negar su intervención en el asunto.

–Es un frijol de la suerte –explico–. Me lo ha dado Tío Dominic.

–¿Un frijol de la suerte? –se burla Me-me–. La única cosa de la suerte...

–Madre –le dice mi madre en tono de advertencia.

–La familia de tu padre –me dice Me-me sacudiendo la cabeza. Lo que quiere decir es que son italianos, y católicos.

Me-me y Pop-pop son viejos norteamericanos corrientes, y metodistas. Van a misa todos los domingos y normalmente me hacen ir a mí también. Mi madre no va a ninguna iglesia.

–Tengo uno bueno, Penny –dice Pop-pop. Le encantan los chistes–. ¿Por qué la nueva armada italiana tiene barcos con fondo de cristal?

–¿Por qué?

–¡Para poder ver la antigua armada italiana! –suelta una risotada–. ¿Lo pillas? ¡Sus barcos están en el fondo del océano!

Mi madre mira su plato y suspira.

–Mamá –digo–, Tío Ralphie dice que nos va a contratar a Frankie y a mí para trabajar en su tienda algunos días a la semana. ¿Puedo? Podría ser mi trabajo de verano.

Tío Ralphie es uno de los hermanos de mi padre. Es propietario de una carnicería.

–¿Qué tendrías que hacer? –me pregunta.

–Barrer la tienda, colocar las mercancías y hacer los repartos.

–¿Llevar la compra a casas de extraños? Eres muy joven para eso –dice Me-me horrorizada.

–Creo que no, Penny –dice mi madre, que es lo que siempre dice.

A mi madre le da miedo casi todo lo que implica diversión. No me deja ir a nadar porque podría atrapar la polio en la piscina pública. No me deja ir a las sesiones de cine porque podría contagiarme la polio ahí también. No me deja ir a los coches de choque porque me podría hacer daño en el cuello. ¡Penny, no hagas esto! ¡Penny, no hagas lo otro! ¡Es demasiado peligroso, Penny! A veces me dan ganas de decir que lo más peligroso que hay en mi vida son los guisos de Me-me.

–¡Por favor! Estaremos trabajando en la tienda la mayor parte del tiempo –digo.

20 Mi madre y Me-me cruzan una larga mirada. A mi madre no le gusta que pase mucho tiempo con la familia de mi pa-

dre, aunque trata de que no se le note. Las dos partes de la familia no se llevan bien. Ni siquiera los he visto nunca juntos en la misma habitación. Sé que no fue siempre así por la famosa historia de la fiesta de pedida de mi madre, que a mis parientes italianos les gusta contar. Parece ser que Tío Dominic solía hacer bromas, especialmente a mamá. Durante la fiesta le regaló una caja con un gran lazo rosa. Mi madre abrió la caja esperando encontrar dulces pero ahí, colocado en el papel de seda, había un par de ojos de cordero.

–Es para que puedas *echarle un ojo* a Freddy –le dijo Tío Dominic.

Cuesta creer que ella se riera como dicen todos que se rió.

–¡Por favor! –supliqué–. Tendré muchísimo cuidado.

Me-me se encoge de hombros y mi madre se vuelve hacia mí y me dice:

–Bueno. Pero dile a tu tío que yo he dicho que Frankie tiene que acompañarte en los repartos. ¿Entendido?

–¡Puedes estar segura! –le digo, y no consigo contener el entusiasmo en la voz.

Me-me dice:

–Bah; ¿ese chico?

Por un momento, todo está en silencio y yo doy vueltas a unas pastosas arvejas grises alrededor del plato. A mi lado Pop-pop eructa y todas lo miramos a la vez.

–¿Qué? –dice.

–Hay que pagar las facturas –le dice Me-me a mi madre.

Mi madre se levanta y va hasta el recibidor. Cuando vuelve, trae un sobre en la mano. Se lo da a Me-me.

Me-me lo examina y dice:

–Vaya sueldo de esclavos –entonces va a la cocina y baja un tarro blanco con un dibujo de una vaca y las palabras «Dinero de la Leche» escritas en él, y mete el cheque dentro. Es donde Me-me guarda el dinero para hacer la compra.

–Una educación exquisita, malgastada –dice Me-me.

–No empieces, mamá –dice mi madre–. He tenido un día muy largo.

Pero Me-me es como Escarlata O’Hara cuando se le mete en la cabeza ponerse a desmenuzar las cosas.

–Fuiste la mejor enfermera de tu promoción –dice Me-me.

–Ya basta –la interrumpe mi madre.

–Llevo demasiado tiempo mordiéndome la lengua –replica Me-me.

Sin una palabra más mi madre se pone de pie y sale de la habitación, dando un portazo. Me-se se levanta y lleva su plato a la cocina y lo deja en la encimera dando un golpe. Escarlata O’Hara empieza a ladrar y Pop-pop dice bien alto:

–¿Dónde está el filete? Pensé que dijiste que hoy íbamos a comer filetes.

¿Y yo?

Yo simplemente estoy ahí sentada, escuchando el silencio.